



El legado de Juan Pablo II Sobre matrimonio y familia

*Mons. Livio Melina**

Refiriéndose al Evangelio, el gran poeta francés Charles Péguy escribe: «Jesucristo... no nos entregó palabras en conserva para guardar, sino que nos entregó palabras vivas para alimentar... Las palabras de (la) vida, las palabras vivas no pueden conservarse sino vivas, alimentadas vivas, alimentadas cargadas, caldeadas, cálidas en un corazón viviente»¹.

Un legado vivo

¿Podríamos hablar de otro modo en relación al legado que nos ha dejado nuestro querido y venerado Juan Pablo II en relación a los temas del matrimonio y la familia? En verdad, no nos ha dejado simplemente discursos que se han de estudiar o doctrinas para conservar. No nos ha dejado “cosas” que hay que encerrar cuidadosamente en un armario para que no se pierdan. Recordemos las palabras de Benedicto XVI durante la audiencia a la comunidad académica de nuestro Instituto Juan Pablo II en ocasión del vigésimo quinto aniversario de la fundación: «Esta herencia no es simplemente un conjunto de doctrinas o de ideas; es ante todo una enseñanza dotada de una luminosa unidad

* Inauguración Año Académico 2007-2008, Pontificio Instituto Juan Pablo II, Sección Mexicana, Roma, 24 octubre 2007.

¹ CH. PEGUY, *El pórtico del misterio de la segunda virtud*, Encuentro, Madrid 1991, 77-78 (*Le Porche du mystère de la deuxième vertu*, Gallimard, Paris 1986, 74-75).

sobre el sentido del amor humano y de la vida»². Cuando hablamos de herencia o legado no nos referimos a “cosas” sino a un espíritu que nace de una vida y que, como si fuese una semilla, lleva en sí misma la energía para engendrar nueva vida.

Si nos fijamos en la actividad pastoral de Juan Pablo II, no únicamente en el transcurso de su largo pontificado, sino también antes, como sacerdote, profesor de filosofía u obispo; si prestamos atención no únicamente a su rico magisterio, sino a su obra filosófica y poética; más aún, a su vida de relaciones y amistades, entonces no podemos sino asombrarnos de la extraordinaria atención que el Siervo de Dios ha puesto en el amor humano, en el matrimonio y en la familia. Escuchemos sus propias palabras citadas por el periodista italiano Vittorio Messori en el libro-entrevista *Cruzando el umbral de la esperanza* de 1994:

Esta vocación al *amor* es, de modo natural, *el* elemento más íntimamente unido *a* los jóvenes. Como sacerdote, me di cuenta muy pronto de esto. Sentía una llamada interior en esa dirección. Hay que preparar *a* los jóvenes para *el* matrimonio, hay que enseñarles *el amor*. *El amor* no es cosa que se aprenda, ¡y sin embargo no hay nada que sea más necesario enseñar! Siendo aún un joven sacerdote *aprendí a amar el amor humano*. Éste es uno de los temas fundamentales sobre *el* que centré mi sacerdocio, mi ministerio desde *el* púlpito, en *el* confesionario, y también *a* través de la palabra escrita. Si se ama *el amor humano*, nace también la viva necesidad de dedicar todas las fuerzas *a* la búsqueda de un “*amor hermoso*”³.

A partir de este texto quedan esbozadas las etapas de nuestra reflexión sobre el legado de Juan Pablo II en relación al matrimonio y la familia. Evidentemente, no se trata de agotar en algunas pocas palabras o definiciones conceptuales la riqueza de toda una enseñanza y de todo un testimonio⁴. Lo que creo que se puede hacer, es más bien in-

² BENEDICTO XVI, *Discurso a un congreso organizado por el Instituto Juan Pablo II para Estudios sobre el Matrimonio y la Familia (11 mayo 2006)*. Texto italiano original en *La verità sulla famiglia. Matrimonio e unioni di fatto nelle parole di Benedetto XVI*, Cahiers de “L’Osservatore Romano” n. 77, Città del Vaticano 2007, 25-28.

³ JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral de la Esperanza*, Plaza y Janés, Barcelona 1994, 132.

⁴ Fruto del Congreso Internacional “*Amar el amor humano*”. *El legado de Juan Pablo II sobre el matrimonio y la familia*, que tuvo lugar los días 11-13 mayo 2006 es el libro: L.

tentar indicar algunos puntos luminosos que puedan favorecer un camino de estudio y de meditación personal, un encuentro íntimo, renovado con el testimonio de este gran Papa. Por ello, intentaré en primer lugar comprender las razones de su insistencia en la “verdad del amor” y la especificidad del método propuesto por él para acercarnos adecuadamente al amor humano; en segundo lugar, me detendré en el núcleo esencial de esta verdad antropológica enseñada por el Papa polaco: el vínculo dinámico entra la persona y el amor, así como su original teología del cuerpo; en tercer y último lugar, se podrá captar cómo el matrimonio y la familia son una realización privilegiada de la vocación al don de sí en la que consiste el amor.

1. La verdad del amor

Ya desde su obra teatral de 1960, *El taller del orfebre*, compuesto, no por casualidad, en la misma época que su obra filosófica *Amor y responsabilidad*, Karol Wojtyła ha expresado el dilema en el que se debate la cultura contemporánea: la separación entre el pensamiento y la vida. Si, por un lado, para él está perfectamente claro que sólo “la verdad hace libres” (cfr. *Jn* 8, 32) y que cuando el amor no se enraíza en la verdad acaba por perderse y destruir una vida, por otro lado, es también evidente que la verdad ha de ser fiel a la lógica de la vida y no yuxtaponer a tal lógica una simple abstracción. “El pensamiento ha de permanecer con la verdad”, dice Adam, uno de los protagonistas de la obra, pero “la vida tiene su propia lógica, que no puede hacer abstracción de lo que uno siente”, replica Ana⁵.

La expresión “verdad del amor”, típica de Wojtyła, parece querer juntar dos términos que se oponen necesariamente. Sin embargo, precisamente por ello la expresión nos sitúa ante la cuestión decisiva y provoca la reflexión. El amor, al menos en la interpretación emotivista preponderante hoy, parece estar excluido del ámbito de la verdad: la hermenéutica romántica del afecto considera todo sentimiento como algo radicalmente irracional, encerrado en la experiencia individual y

MELINA - S. GRYGIEL (a cura di), *Amare l'amore umano. L'eredità di Giovanni Paolo II sul matrimonio e la famiglia*, Cantagalli, Siena 2007.

⁵ K. WOJTYŁA, *La bottega dell'orefice*, II, in *Tutte le opere letterarie*, Bompiani, Milano 2001, 817 (trad. española: *El taller del orfebre*, BAC, Madrid 1982).

sin jugar ningún papel en la construcción social⁶. Un “amor sin verdad”, queda inevitablemente relegado a la esfera privada de lo indecible. Por otro lado, tal huida hacia lo irracional parece bien motivada por el miedo a una “verdad sin amor” que se constituye intelectualmente haciendo abstracción de la vida y que pretende además imponerla desde el exterior sus propios criterios y reglas. ¿Qué puede significar entonces la expresión “verdad del amor”?

En la encíclica *Veritatis Splendor*, Juan Pablo II afirma con decisión que “la *cuestión fundamental*... es la cuestión de la relación entre libertad y verdad”, y, más concretamente aún, el “vínculo esencial entre Verdad-Bien-Libertad” que en gran parte la cultura contemporánea ha perdido (cfr. n. 84). La auténtica libertad es, en efecto, la que se orienta intrínsecamente hacia el bien y no simplemente hacia los meros bienes parciales en su inmediatez; la que se dirige más profundamente hacia el “bien de la persona” como tal. Es aquí precisamente donde entra en juego el tema de la verdad: sin “verdad sobre el bien” no hay libertad y, en consecuencia, no hay amor sincero. Sin embargo, es también verdad que “sin libertad no hay verdad”⁷. En efecto, cuando no es una verdad cualquiera la que está en juego sino la verdad sobre el bien de la persona, la verdad que decide sobre el sentido de la propia vida, entonces el conocimiento implica siempre a toda la persona y exige su libre disponibilidad para manifestarse. La verdad, en su integridad humana y cristiana, exige un re-conocimiento, que no es posible sin una decisión libre y responsable⁸.

De este modo, Juan Pablo II supera una idea racionalista y abstracta de la verdad, en favor de una verdad personal; más aún, de una verdad que es en sí misma, en último término, una persona, y que, por lo tanto, se presenta como un evento en la vida, una verdad que se da en la historia y dentro de una trama de encuentros personales⁹. Una verdad que, precisamente en el momento de presentarse, me llama, incitándome a un camino de conversión y de crecimiento hacia la autenticidad de la vida en la comunión.

⁶ M.C. NUSSBAUM, *Love's Knowledge. Essays on Philosophy and Literature*, Oxford University Press, New York 1990.

⁷ Cf. JUAN PABLO II, Carta encíclica *Fides et ratio*, n. 90: «En efecto, verdad y libertad, o bien van juntas o juntas perecen miserablemente».

⁸ Cf. A. SCOLA, *L'esperienza elementare. La vena profonda del magistero di Giovanni Paolo II*, Marietti 1820, Genova-Milano 2003, 68.

⁹ En torno a este tema: H. DE LUBAC, *La rivelazione divina e il senso dell'uomo*, in *Opera omnia*, t. XIV, Jaca Book, Milano 1985, 49.

Llegados a este punto, se perfila la novedad metodológica de la reflexión de Juan Pablo II. En sus Catequesis de los miércoles, dedicadas al amor humano en el plano divino, que comenzaron el 5 de septiembre de 1979 y finalizaron cinco años más tarde, el 28 de noviembre de 1984, el Papa hablaba de una verdad del “principio”¹⁰. Con esta expresión, se refiere ante todo al designio original de Dios en la creación del hombre y de la mujer, revelado en el libro del Génesis. No se trata solamente de acontecimientos históricos ocurridos en un pasado remoto; la expresión se refiere al mismo tiempo a las experiencias originales, accesibles a todo hombre o mujer, de modo que sepan, con una simple mirada, captar la esencia de su propia humanidad, de sus encuentros y de sus amores. De manera aún más radical, el Principio es Cristo mismo, en quien todo ha sido creado y que, por su encarnación se ha unido en cierto modo a todo hombre. En consecuencia, como lo afirma el Concilio Vaticano II en la constitución pastoral *Gaudium et spes*, “el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado” (n. 22).

Se esboza así el método de la que Juan Pablo II llama “antropología adecuada”: realizar una circularidad hermenéutica entre la Revelación bíblica que tiene su punto culminante en Cristo, y la experiencia humana original, conservada en el corazón de todo hombre concreto¹¹. La palabra de Dios se revela de esta manera como una verdadera palabra de vida¹², capaz no únicamente de instruir, sino también de iluminar desde el interior y de llevar la vida hacia su plenitud.

En conclusión, podemos decir que la verdad del amor de la que nuestra libertad tiene necesidad es una luz que desde el interior la habita y la dirige, una verdad que está escrita en el corazón, pero que el corazón puede reconocer cuando encuentra a Aquel que “sabe lo que hay en el corazón de cada hombre” (cfr. *Jn* 2, 25).

¹⁰ JUAN PABLO II, *Hombre y mujer lo creó. El amor humano en el plan divino*, Ediciones Cristiandad, Madrid 2000; todo el primer ciclo está dedicado al “Principio”, 61-166.

¹¹ Cf. JUAN PABLO II, *Hombre y mujer*, cit., Cat. IV, 73-77.

¹² Cf. A. VIDALIN, *La Parole de la Vie. La phénoménologie de Michel Henry et l'intelligence chrétienne des Écritures*, Parole et Silence, Paris 2006.

2. El vínculo dinámico entre la persona y el amor

Si el tema apenas estudiado nos ha revelado que la herencia de Juan Pablo II es ante todo el legado de una mirada, nos volvemos ahora hacia el contenido más fundamental que tal mirada nos revela: el vínculo dinámico entre la persona y el amor, en el contexto de lo que el Papa ha llamado “teología del cuerpo”. Se trata de comprender «la razón y las consecuencias de la decisión del Creador que ha hecho que el ser humano pueda existir sólo como mujer o como varón»¹³.

Ante todo, el vínculo intrínseco entre persona y amor. Santo Tomás de Aquino, en el contexto de una reflexión sobre el Espíritu Santo, ha definido la verdad decisiva en términos simples y fuertes: “Amor es nombre de persona”¹⁴. Y justamente la referencia a la vida íntima de la Santísima Trinidad permite también a Juan Pablo II comprender el fundamento último del hecho de que la persona humana, creada a la imagen y semejanza de Dios, no pueda existir “sola” sino solamente como “unidad de dos” (cfr. *Gen 2, 18*) y, así, en relación con otra persona humana¹⁵. En su drama *Rayos de paternidad*, Karol Wojtyła escribía: «ahora he de encontrarme en ti, si quiero encontrarme en mí mismo»¹⁶, mostrando así cómo el descubrimiento y la afirmación de sí está unida al descubrimiento y a la afirmación del otro.

¿Cómo sería posible no volver a escuchar llegados a este punto las maravillosas palabras de la encíclica inaugural de su pontificado, *Redemptor hominis*? «El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente»¹⁷.

Sin embargo, este vínculo entre persona y amor no es simplemente un dato, sino una vocación y, así, el riesgo de una aventura confiada a la libertad. «El amor es por tanto la vocación fundamental e innata

¹³ JUAN PABLO II, Carta apostólica *Mulieris dignitatem*, n. 1.

¹⁴ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I, q. 37, a. 1: «Amor est nomen personae». Véase: J.-J. PÉREZ-SOBA DIEZ DEL CORRAL, «Amor es nombre de persona». *Estudio de la interpersonalidad en el amor en Santo Tomás de Aquino*, Pul-Mursia, Roma 2001.

¹⁵ Cf. *Mulieris dignitatem*, n. 7.

¹⁶ K. WOJTYŁA, *Raggi di paternità*, II, in *Tutte le opere letterarie*, Bompiani, Milano 2001, 931.

¹⁷ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptor hominis*, n. 10.

de todo ser humano»¹⁸. Nace de un don inicial, totalmente gratuito y sorprendente, del mismo modo que es gratuita y sorprendente la existencia de una criatura, o el hecho de encontrar otra persona que corresponde íntimamente al propio corazón. Pero el don provoca a la libertad a realizar un camino: no puede realizarse a menos que la persona responda con libertad, donándose enteramente al otro, acogiéndolo con disponibilidad dentro de sí.

En este momento es necesario hablar del cuerpo, que el papa Wojtyła define con una expresión teológicamente inusitada y llena de coraje “sacramento de la persona”¹⁹. A partir de esta intuición, desarrollará una extraordinaria “teología del cuerpo”, capaz no sólo de poner de relieve la riqueza personalista de la corporeidad humana sino también de aclarar su densidad teológica en la historia de la salvación, dentro del “gran misterio” (cfr. *Ef* 5, 32) de la esponsalidad de Cristo resucitado con la Iglesia, su Cuerpo místico.

En su cuerpo, connotado por la sexualidad, el ser humano siente ante todo esta soledad originaria de la que habla el segundo capítulo del Génesis (*Gen* 2, 18)²⁰. Y esta soledad revela a la conciencia humana no únicamente su superioridad respecto a las demás criaturas sino, sobre todo, una vocación a la comunión con la mujer, a la que la diferencia sexual muestra como compañera adecuada: “¡Esta sí que es carne de mi carne y hueso de mis huesos!” La alegría, más aún, la exaltación de Adán ante Eva manifiesta su asombro ante la imprevista e imprevisible correspondencia que encuentra en el otro ser humano sexualmente diferente. Es, al mismo tiempo, “homogéneo”, de la misma naturaleza, y “otro” respecto a mí, de manera que es posible este diálogo y esta comunión que el corazón esperaba y que la soledad anunciaba de manera oscura²¹.

Precisamente en el cuerpo, más aún, en el sexo que lo caracteriza como cuerpo masculino y femenino, el ser humano descubre su vocación al amor. Juan Pablo II forja una de las categorías más luminosas de su teología del cuerpo cuando afirma que éste tiene un “significado esponsal”²². El cuerpo, en efecto, manifiesta a la persona la llamada al don de sí, por medio de una unión de las personas que se abren ulte-

¹⁸ JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Familiaris consortio*, n. 11.

¹⁹ Cf. JUAN PABLO II, *Hombre y mujer*, cit., Cat. XIX, 142-145.

²⁰ Cf. JUAN PABLO II, *Hombre y mujer*, cit., Cat. V, 78-82.

²¹ Cf. JUAN PABLO II, *Hombre y mujer*, cit., Cat. VIII, 91-96.

²² Cf. JUAN PABLO II, *Hombre y mujer*, cit., Cat. XIV, 119-123.

riormente a la fecundidad, a la comunicación de la vida que nace de la unidad de los dos.

De este modo han salido a la luz las tres características constitutivas de lo que el cardenal Angelo Scola ha definido como el “misterio nupcial”: la diferencia sexual, la unidad de los dos en el amor y la fecundidad del don²³. Dicha perspectiva, que no podemos sino esbozar, permite captar la verdadera naturaleza del amor conyugal y del matrimonio, considerándolos en su supremo manantial: Dios, que es amor y Padre, “de quien toma nombre toda paternidad en el cielo y en la tierra” (*Ef* 3, 14-15).

Sin embargo, no se puede omitir en una teología del cuerpo la dimensión histórica de la necesaria y laboriosa redención del cuerpo. En verdad, la libertad humana también se encuentra marcada por el pecado original, que por la concupiscencia impide la inmediata transparencia del cuerpo al don de las personas, y abre así el camino a su reducción como instrumento de dominación y de explotación. El centro del problema moral consiste, en consecuencia, en superar la desintegración que separa el cuerpo de la persona, la búsqueda del placer de la donación, y que conduce a tratar al prójimo como mero objeto de placer²⁴.

Ciertamente no es el simple esfuerzo humano el que puede lograr dicha integración, sino el don del Espíritu, que realizando en el sacramento la participación del amor humano en el amor eucarístico de Cristo por su Esposa, hace que sea posible de nuevo la libertad del don de sí y la acogida del otro.

El Espíritu del Crucificado resucitado penetra así en el corazón de la persona, fecunda su libertad y sus energías afectivas, transfigurándolas y elevándolas: lo que se realiza gracias a la sinergia de lo humano y de lo divino en la virtud de la castidad conyugal. Ésta, lejos de ser una represión de las pasiones que mortifica el amor, es más bien la energía que permite la libertad del don de sí. Pero como el don de Jesús es sobreabundante, y su presencia de Esposo en la Iglesia es tan inminente y dulce, se entreabre aquí la novedad inaudita de una forma de vocación al amor diferente de la conyugal. La virginidad consagra-

²³ Cf. A. SCOLA, *Hombre y mujer. El misterio nupcial*, Ediciones Encuentro, Madrid 2001.

²⁴ Cf. K. WOJTYŁA, *Amore e responsabilità. Morale sessuale e vita interpersonale*, in *Metafisica della persona. Tutte le opere filosofiche e saggi integrativi*, a cura di G. Reale e T. Styczen, Bompiani, Milano 2003, 517 (trad. española: *Amor y responsabilidad. Estudio de moral sexual*, Razón y Fe, Madrid 1978).

da, sin negar la dimensión esponsal del cuerpo, anticipa proféticamente su realización escatológica plena y definitiva, indicando también a los esposos la dimensión total del don de sí y una fecundidad superior en la plena disponibilidad al Espíritu²⁵.

3. El don de sí en el matrimonio y en la familia

Tras haber abierto una ventana y dar una rápida ojeada sobre el extraordinario panorama que Juan Pablo II nos ha entreabierto con su teología del cuerpo, hemos de considerar en este punto conclusivo el aspecto específico de su legado acerca del matrimonio y de la familia. “*El futuro de la humanidad se fragua en la familia!*”, nos había dicho proféticamente en la Exhortación apostólica *Familiaris consortio*. Y se puede afirmar sin ambages que uno de los núcleos de su magisterio es precisamente la íntima conexión, incluso la “pericoresis” entre la cuestión antropológica y la cuestión matrimonial y familiar²⁶.

¿Quién es, en efecto, el hombre? Con la constitución conciliar *Gaudium et spes*, el papa Wojtyła medita continuamente la gran paradoja de la existencia humana: «el hombre, única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí mismo, no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás» (n. 24). Ahora bien, el don de la persona exige por su misma naturaleza ser durable e irrevocable. Las exigencias profundas y radicales del matrimonio y de la familia no son expresión de una ley extrínsecamente impuesta al amor humano para constreñir y disciplinar el impulso espontáneo, sino que indican más bien el camino hacia su auténtica realización según el plan divino. De hecho, el matrimonio, vocación ordinaria del hombre y de la mujer, es una llamada al don de sí para una fecundidad que se da en el comunicar la vida y educarla.

Se trata de una verdad enraizada en la naturaleza misma de la persona humana y que puede encontrarse y ser leída en su corazón. El matrimonio es ante todo un “sacramento de la creación”, que manifiesta la bondad del Creador, su amor tierno y esponsal por sus criatu-

²⁵ Entre otras obras sobre este tema, señalamos en particular: O. BONNEWIJN, *Éthique sexuelle et familiale*, Éd. de l’Emmanuel, Paris 2006, ch. II: “Le célibat pour le Royaume: quel don?”, 53-81.

²⁶ C. CAFFARRA se expresa en este sentido en el Prefacio del volumen: GIOVANNI PAOLO II, *Familia via Ecclesiae. Il Magistero di papa Wojtyła sul matrimonio e la famiglia*, a cura di G. Grandis, Cantagalli, Siena 2006, 7-16.

ras. En Cristo se convierte también en el “sacramento de la redención” que da testimonio de la sobreabundancia de las gracias difundidas sobre la Iglesia y sobre toda la humanidad por medio del don esponsal de Jesús sobre la cruz. En ese extraordinario acto de amor hacia las familias que es su Carta de 1994, Juan Pablo II reconoce ciertamente la dificultad de vivir el matrimonio y la familia hoy día, según las exigencias del don de sí fiel y total, indisoluble y fecundo. Pero muestra igualmente que esa es la ruta de la auténtica belleza de la vida, y que es posible porque, como dice a los esposos y familias de todo el mundo: “¡el *Esposo está con vosotros!*” (n. 22)

Siguiendo la antropología de Juan Pablo II, podemos ahora esbozar un itinerario de crecimiento de la libertad que permita a la persona madurar según todas las dimensiones del don de sí propia a la vocación matrimonial y familiar²⁷.

Antes de nada, se trata de “reconocerse hijo”, es decir, encontrar y cultivar la memoria del don originario que nos precede. Lo que implica una conversión de nuestra pretendida autonomía y autosuficiencia. En Cristo, aprendemos a vivir como “hijos en el Hijo”, según una expresión cara a Juan Pablo II.

“Ser esposo” es el paso siguiente. Quien se abre al don de ser amado, puede convertirse a su vez en alguien capaz de amar: acoger al otro en su diferencia e abrirle el propio corazón hasta el don de sí. Juan Pablo II ha expresado esta idea de la manera siguiente: “En la «unidad de los dos» el hombre y la mujer son llamados desde su origen no sólo a existir «uno al lado del otro», o simplemente «juntos», sino que son llamados también *a existir recíprocamente, «el uno para el otro»*”²⁸.

“Convertirse en padre o madre” significa alcanzar la plena madurez del propio ser, que se comunica y engendra la vida en torno a sí. La crisis de generación (maternidad-paternidad), que aflige de manera preocupante las sociedades occidentales del bienestar está vinculada con una crisis de la esperanza, con una incapacidad de abrirse generosamente al futuro. Sin raíces en una tradición y sin impulso uno acaba por cerrarse en el presente, dentro de dimensiones de autorrealización individualista. En cambio, cuando la libertad de los esposos se abre a la sobreabundancia del don divino, recibido en el sacramento del ma-

²⁷ A este respecto, me permito indicar mi libro: L. MELINA, *Per una cultura della famiglia: il linguaggio dell'amore*, Marcianum, Venezia 2006, 23-28.

²⁸ *Mulieris dignitatem*, n. 7.

trimonio, entonces nace la disponibilidad generosa a comunicar el don recibido y la confianza en la posibilidad de ser responsables de dicho don, no obstante las propias limitaciones. Paternidad y maternidad no se ven entonces como un proyecto puramente humano sobre el que deliberar con precaución y el cual construir con las propias fuerzas, ni como una pretensión a un derecho absoluto, como si el hijo pudiera ser objeto de una reivindicación. Para convertirse verdaderamente en padre o madre hay que comenzar antes que nada por «doblar las rodillas ante el Padre de quien toma nombre toda paternidad en los cielos y en la tierra» (Ef 4, 14-15), como afirma san Pablo. El hijo podrá de este modo ser recibido como un invitado que viene de lejos, fruto del don sobreabundante de un amor que tiene su origen primero y su destino último en el misterio de Dios.

Juan Pablo II ha hablado mucho de la presencia del Espíritu Santo, con sus dones, en el seno del amor humano, subrayando sobre todo la importancia del don de piedad que nos hace darnos cuenta de nuestra dependencia de Dios, y que nos hace conscientes y respetuosos de la presencia divina. Esto hace que la vida conyugal, incluyendo los actos sexuales que la caracterizan, no se convierta jamás en una costumbre, sino que cada vez esté más penetrada de contenidos personales y religiosos, capaces de hacerla rica y fresca con la perenne novedad del Espíritu del amor²⁹.

Conclusión: el camino del amor

Lo que hemos intentado esbozar en sus contenidos esenciales es un legado verdaderamente profético, el que nos ha dejado Juan Pablo II como don precioso que hemos de hacer fructificar. En una de sus últimas catequesis había dicho: «el lenguaje del cuerpo llega a ser, en efecto, como un profetismo del cuerpo»³⁰. El cuerpo de los esposos habla en nombre de Dios, da testimonio en favor de Dios. He aquí la grandeza de la vocación conyugal. En su primera encíclica, *Deus caritas est*, Benedicto XVI ha indicado a toda la Iglesia el camino del amor como vía que puede abrir de nuevo a numerosas personas el acceso a Dios. En efecto, hoy día parece que muchas otras rutas son in-

²⁹ Cf. JUAN PABLO II, *Hombre y mujer*, cit., Cat. CXXXII, 673-675. Al respecto: Y. SEMEN, *La sexualité selon Jean-Paul II*, Presses de la Renaissance, Paris 2004.

³⁰ Cf. JUAN PABLO II, *Hombre y mujer*, cit., Cat. CXXXIII, 641.

accesibles y que nuestros contemporáneos no pueden llegar a conocer a Dios.

«Si ves la caridad, ves también la Trinidad»³¹, decía san Agustín. Queda pues el camino de la belleza y del amor que hace del matrimonio y de la familia el sacramento que hace visible la caridad divina, en su capacidad de hacer bella la vida humana. El legado de Juan Pablo II necesita testigos que a través de su carne mantengan viva la palabra recibida.

Tengo el placer de concluir de nuevo con Péguy, con quien habíamos comenzado: «Depende de nosotros, débiles y carnales, el hacer vivir y alimentar y conservar vivas en el tiempo esas palabras pronunciadas vivas en el tiempo. Misterio de misterios, se nos ha otorgado ese privilegio, ese privilegio increíble, exorbitante, de conservar vivas las palabras de vida, de alimentar con nuestra sangre, con nuestra carne, con nuestro corazón esas palabras que sin nosotros caerían descarnadas»³².

Sommario: *L'interrogativo che muove il presente contributo è rivolto ad individuare l'eredità lasciata da Giovanni Paolo II sul matrimonio e la famiglia. La risposta dell'autore è che Giovanni Paolo II non ci ha lasciato soltanto discorsi da studiare o un insieme di dottrine da conservare. Il suo, al contrario, è – riprendendo le parole di Benedetto XVI – «prima di tutto un insegnamento dotato di una luminosa unità sul senso dell'amore umano e della vita».*

Parole chiave: Giovanni Paolo II, amore, matrimonio, famiglia.

Key words: John Paul II, love, marriage, family.

³¹ SAN AGUSTÍN, *De Trinitate*, VIII, 8, 12. Cf. J. GRANADOS, “Vides Trinitatem si caritatem vides: Via del amor y Espíritu Santo en el De Trinitate de San Agustín”, en *Revista Agustiniana* 43/130 (2002), 23-62.

³² CH. PEGUY, *El pórtico del misterio de la segunda virtud*, cit., pp. 78-79 (*Le Porche du mystère*, cit., 75-76).